

TUNELES

Día crucial de túneles. Sí, sí de túneles. Queríamos vivir la experiencia de ver en vivo el nacimiento de un río y para ello teníamos que desplazarnos hacia la zona de montaña lo que representaba subir por una carretera llena de túneles. Aunque quizás no es uno de mis miedos más agudizados, me pongo muy nerviosa sobretodo cuando son muy largos y de un solo sentido. La verdad es que no nos imaginábamos que hubieran tantos y tan seguidos.

De hecho a medida que vas subiendo por una carretera de montaña ella misma te avisa cuando se acerca un túnel con los típicos semáforos colgados paralelamente de una gran barra y el listón rojo indicando la altura. Ante tales señales, también el que se prepara es el cuerpo porque la mente le indica que va a entrar en zona de peligro. Empieza el odioso cosquilleo por el pecho que sube y baja con fuerte intensidad como si de una bomba inflable se tratara, hasta que sientes la opresión en la misma garganta y va subiendo poco a poco hacia la cabeza dándote la sensación de ser una olla Express.

Todo ocurre tan rápido y tienes tan poco tiempo para contrarrestar esta cadena de síntomas que todavía te pones más nervioso viendo que se acerca el túnel y cada vez estas peor. Cuando pasamos el primero pensé: “uf, ya está, este ha sido corto”, pero la carretera no daba ningún indicio que se habían acabado, al contrario, cada vez estábamos más arriba y más metidos en montañas. Ahí venía el segundo; no pensaba mirar el letrero azul indicador de su longitud, prefería no saberlo y encontrarme con la sorpresa. “No, no, pero espera, claro que lo tengo que mirar, si es muy largo tengo que saberlo para calcular el tiempo que estamos dentro”. Definitivamente lo miré y resultó que era más largo que el anterior, ya ves tú para lo que me había servido. Luego vinieron una serie de cortos pero seguidos, hasta que por fin vino el gordo; si es que ya me lo imaginaba que tenía que haber uno kilométrico, siempre lo hay, y esta vez no iba a ser la excepción. Allí lo veía a lo lejos, con esa gran obertura como si de una boca gigantesca se tratase, y luego todo oscuridad y silencio. ¿Habría salida en el otro lado? ¿Estaría muy repleto de coches? ¿Irábamos en caravana, deteniéndonos? ¿Y si chocábamos y nos quedábamos atrapados?

Es increíble la clase de pensamientos aterradores que tiene una mente afectada por la ansiedad. “No va a pasar nada, hay salidas de emergencia constantemente y a las malas podemos salir andando”. Pero ¿qué necesidad de encontrar una salida tengo? ¿Por qué esa manía de querer escapar? Y escapar ¿de qué?... ¡de mi! ¡de mis miedos y mis temores! Donde no hay salida es en mi mente no en el túnel. Pero de eso te das cuenta cuando ha pasado el supuesto peligro y las cosas vuelven a normalizarse. Es una lucha constante contra los mismos miedos, pero con la diferencia que cuando haces un balance generalizado en el tiempo compruebas que el miedo no es el mismo; poco a poco pero va disminuyendo.

Ni que decir cabe que después de este suplicio disfruté cada minuto y cada segundo del maravilloso paisaje que envolvía el lugar donde nacía el río. Era un premio y un deleite para la vista.